



ABOLICION DE LA MUERTE DE PENNA

Según nuestras noticias, trece países han abolido en los últimos días la muerte de pena. Era indignante cómo en dichos países se dedicaban de un tiempo a esta parte a matar a la gente de pena y sentimiento. Pero los escritos de los intelectuales de guardia han surtido efecto.

Según estadísticas de la Unesco, que tiene estadísticas para todo, de cada mil muertos en perfecto estado de revista y policía, 1,3 han perecido de pena. Añaden dichas fuentes que en 1973 hubo un 7,53 por ciento más de muertos de pena que en 1972.

Como medidas para combatir la muerte de pena, la Unesco ha recomendado las rumbas de Peret y los cuplés de Manolo Escobar. ¡Que viva España!

INFORMES EUROSPANIA



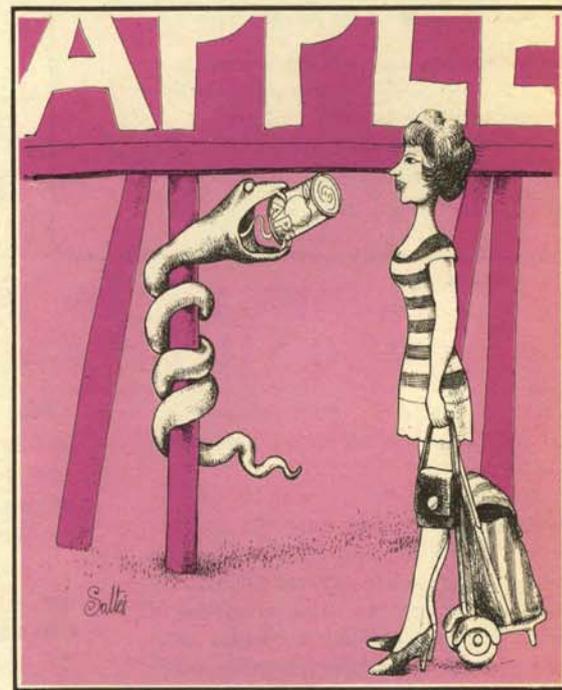
«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 15

se arrancó las cintas de su capa estudiantil y me las entregó refunfuñando. Le di un caramelo para contentarle. «Prefiero un micrófono», dijo. «No, que se te puede atragantar». Breznev aplaudió desde la cocina.

—¿Qué tal esos callos? —le pregunté.
—Bien, bien... Desde que uso zapatos americanos voy sobre una alfombra mágica.

Mao estaba pintando su libro con pintura roja. «Ya voy por el 500 millones. Con esta brocha los pinto en un periquete». «Bien, así me gusta. Hale, a trabajar». Salí del comedor y me fui al hall. El Atlético de Madrid y el



-¿DONDE vas con mantón de manila? Me volví hacia María Dolores y la tiré el rosario de su madre por toda respuesta. Luego, me envolví en la seda y salí de la habitación. En el comedor, sobre un lecho de fresas salvajes, Lisa se entretenía en cambiarle las herraduras a un hermoso caballo blanco. Golda Meir estaba en cuclillas junto al general Rabin, subidos en el aparador e intercambiando secretos de estado. «¡Qué guapo estás con el mantón, Adriano...!». «Muchas gracias, Goldita... ¿Te gustan mis pendientes?». «¡Son una belleza!», replicó el general. «Cuando quiera se los presto». «Gracias, Adriano. Para alguna recepción». «Son ideales», dijo Mitterrand, que andaba contando votos en la alacena. «A ti no te los dejo, que eres socialista», le contesté, y el francés arrugó el hocico. Pasé junto a Gadhafi y hube de regañarle:

—No te hagas pipí en el frutero, niño...
Luego, me fui hasta el presidente Nixon y reclamé: «Las cintas». Richard volvió la cabeza bruscamente y trató de resistir. «Por favor, amigo mío... en mi casa, no...». El presidente

Celthic de Glasgow se daban patadas ante el regocijo de Cruyff y de Lisa, que pasaban modelos de calzoncillos utilizando el pasamanos de la escalinata a guisa de pasarela. «Adriano, por lo que más quieras, estrangúlame...», dijo mi amada Lisa. «Otro día». «Ahora, por favor, lo necesito. Quiero sentir la presión de tus dedos en mi cuello de cisne». «Es inútil, querida Lisa. No voy a estrangularte, luego lo irás contando por ahí para fardar. Además, me espera una Comisión del Banco Mundial». Lisa se sonó la naricilla y se fue al Corte Inglés con aquel pañuelo enfundando sus crespos cabellos. Llegué al lavabo. Los del Banco Mundial estaban llenando la bañera con billetes de cien dólares. El presidente de la comisión —completamente desnudo— se refrescaba las fauces en el bidé. Sin mirarme, me alargó un cheque de diez millones. Mi madre podría continuar en el sanatorio. No es que esté enferma. Es que le gusta vivir allí para reírse de los enfermos.

ADRIANO DI TOLA
(Continuará)